

PANFLETARIAS, ESPIAS Y CAÑONERAS EN LA UNIFICACIÓN DE ITALIA

Mercedes ARRIAGA FLOREZ

(Universidad de Sevilla)



Son muy conocidos los nombres de los protagonistas del Resurgimiento italiano, el movimiento intelectual, político y militar que llevará a la Unificación de Italia en 1861: Mazini, Gioverti, Cattaneo, Cuoco, Pellico, Guerrazzi, D'Azeglio, Cavour, Garibaldi, Tommaseo, Nievo, Manzoni, Foscolo, etc.. Pero sabemos mucho menos de las mujeres que participan en las insurrecciones de este gran movimiento, como escritoras, activistas, espías, incluso soldados del ejército garibaldino.

Los nombres de algunas de estas protagonistas están unidos a los de sus parejas, y gracias a esa luz refleja, la historiografía oficial también se ha ocupado de ellas para incluirlas en las biografías de héroes masculinos.

Se trata de mujeres que comparten el destino de políticos ilustres, como Rosalia Montmasson, mujer de Francesco Crispi; Enrichetta de Lorenzo, compañera de Carlo Pisacane; Giuditta Sidoli, de Giuseppe Mazzini; Clara Carrara, de Carlo Tenca, Raffaella Luigia Faucitano, de Luigi Settembrini; oficiales del ejército como Lina Perret, esposa de Filippo Agresti, Colomba Antonietti, mujer del conde Porzi; o simplemente patriotas: Leonilde Puoti, mujer de Emilio Celano (Drago, 1960). Curiosamente también conocemos los nombres de las mujeres cuyos maridos han sido condenados por la historiografía, como sucede con Marianna Oliveiro, mujer del sanguinario bandolero Pietro Monaco, que en principio forma parte del ejército meridional, y que después de desertar, siembra el terror en Basilicata (Trapani, 1966).

La “primera dama” de la Unificación, la “heroína de los dos mundos”, como se llama a Anita Garibaldi, es conocida por el apellido de su marido, pero casi nadie conoce su verdadero nombre (Ana María de Jesús Ribeiro da Silva). No es necesario decir que muchos de los historiadores que se ocupan de estas mujeres no les conceden ninguna independencia. Como muestra bastan las afirmaciones de Romano con referencia a Enrichetta de Lorenzo que tras la muerte de Carlo Pisacane “comprendía que en la historia del Resurgimiento italiano su papel había terminado” (Romano, 1933: 92).

Curiosamente, son las mujeres las que van a encargarse de la propaganda política de la Unificación italiana, que va a tener resonancia en el extranjero gracias a los textos que algunas periodistas escriben. Jessie White Mario traduce al inglés “Le prigionieri austriaci d'Italia”, de Felice Orsini en 1856 y logra vender la considerable cifra de 35 mil copias. Teresa Serego Aghieri publica en las páginas del *Ausonio* en París, el ensayo “Della moralità politica nel Regno delle due Sicilie”. Cristina Trivulzio funda varios periódicos en Francia para granjearse el favor de la opinión

pública en causa de la unificación: *La Gazzetta italiana, el Ausonio, Il Crociato*. También Giuditta Bellerio Sidoli, funda y publica en Marsella el periódico *La Joven Italia*, órgano oficial del movimiento que lleva el mismo nombre. Los seis números que salen entre 1832 y 1834 exponen el nuevo pensamiento republicano de cuño mazziniano. Caterina Percoto, colabora con *Il Caffé Pedrocchi* y desde sus páginas incita a la insurrección de la población veneciana (Pisano, 2004). Es decir, un nutrido grupo de mujeres van a ocuparse de la “propaganda” de este movimiento. El lema de Antonietta de Pace es precisamente: “Difundir y propagar el odio contra el despotismo. Infundir y encender el amor por la libertad” (Spinosa, 1994: 240). También algunos héroes de la patria, como Mazzini y Garibaldi, van a conocerse en el extranjero, sobre todo en el Reino Unido, a través de la biografía y los artículos que Jessie White Meriton Mario va a escribir sobre ellos, consagrándolos como leyendas.

Por otra parte, no cabe duda de que los salones de algunas de las patriotas, pertenecientes a la aristocracia y a la alta burguesía, se convirtieron en lugares de encuentro de patriotas, fragua de ideas políticas y organización de sublevaciones. Entre los más famosos están el de la princesa Cristina Tribulzio en París y el de la condesa Clara Maffei en Venecia (Barbiera, 1918). En ésta ciudad ya desde principios de siglo, los salones de Isabella Totocchi Albrizi y el de Giustina Reiner acogen a miembros de la Carbonería. En el salón de Anna da Schio en Verona se dan cita patriotas veronese y brescianos. En Mantua el salón de la marquesa Teresa Valenti Gonzaga es conocido como el “altar secreto de la patria” (Filippini, 2006: 105).

A parte de la militancia política a través de la palabra, las mujeres italianas también están dispuestas a combatir cuando llegan las insurrecciones de 1848. En Lombardía muchas jóvenes se dirigen a Cristina Tribulzio para formar una milicia de mujeres, como se había hecho

en Venecia (Tribulzio, 1848), donde se constituye un batallón femenino desarmado, cuya misión es servir de apoyo a los militares bajo la dirección de Teresa Mosconi Papadopoli y otras diez patriotas entre las que figuran Maddalena Comello y Antonietta Dal Cerè, pero en realidad el batallón está compuesto en su mayoría por mujeres del pueblo que se ocupan de organizar el equipamiento y la intendencia de las tropas

Las mujeres combaten, pero su presencia no es oficial, por ese motivo sabemos poco de la vida de las soldados del ejército de Garibaldi en la Expedición de los Mil, como Tonina Marinelli o María Martini Salasco. Esta última, como Giuseppina Caracciolo, escapa del convento en donde la había encerrado su padre y huye a Inglaterra, donde encuentra a Garibaldi. A su vuelta a Italia participa en la Expedición como “exploradora” y después como conductora de ambulancias. También la mujer de Francesco Crispi, Rosalia Montmasson se enrola en el ejército en la campaña de Sicilia, sin que su marido lo sepa. Rosa Donato en Messina se hace cargo del cañón de la batería de los Pizzillari durante los ocho meses de resistencia de la ciudad a los Borbones, en la insurrección de 1848. Cuentan que al darse cuenta de que los borbónicos disparaban los cañones contra el hospital, hizo saltar por los aires una de las baterías enemigas.

Otras combatientes en los diferentes movimientos insurreccionales de 1848 son: Colomba Antonietti, mujer del conde Porzi que, de guardia pontificia pasa a servir a la República romana. Vestida con el uniforme de “bersagliera” participa en el asedio de Roma de 1849, donde morirá en la defensa de la Porta San Pancrazio. Giuseppina Vadalé participa en la defensa de la ciudad de Mesina empuñando el mosquete y arengando a los ciudadanos para que se levanten contra el absolutismo borbónico .

No faltan las heroínas populares: Luisa Battistotti es considerada como la heroína de los cinco días de Milán. Viste de hombre y participa en la

defensa de la ciudad contra los austriacos. Se distingue tanto por su valor que el gobierno provisional le concede una pensión anual.



En Nápoles María de Crescenzo, apodada la “Sangiovanara”, capitanea la revuelta popular desde las barricadas en 1861 hasta que el rey abandona la ciudad.

Otras mujeres apoyan la causa garibaldina ocupándose de diferentes actividades subversivas, recaudando fondos y ocupándose de las actividades de publicidad clandestina y contactos entre diferentes grupos, como es el caso de Antonia de Pace. De hecho, cuando Garibaldi entra triunfal en Nápoles el 6 de septiembre de 1860, entre sus veinte y ocho oficiales también hay dos mujeres: Emma Ferretti y Antonia de Pace, vestida con los colores de la bandera italiana. Tras la victoria, Antonia de

Pace, junto con Jessie White, organiza los hospitales de la capital partenopea. Alina Perret, mantiene la correspondencia con los presos políticos de la cárcel de Santo Stefano, donde también su marido, Filippo Agresti, está condenado a cadena perpetua después del juicio de 1850 contra los miembros del grupo patriótico *Unità Italiana*. Lucrezia Plutino acoge en su casa a los disidentes políticos y se ocupa de procurar armas y reclutar voluntarios en Calabria.

Estas actividades clandestinas de las mujeres contrastan con el clima social y cultural del momento. En los primeros años del siglo XIX asistimos a un retroceso en la consideración de la condición femenina por al imponerse los principios de la Restauración. El conservadurismo va a reflejarse en publicaciones como la de Anna Pepoli Sampieri que retoma el ideal de la mujer-adorno, en el que se acepta la inferioridad femenina, y al mismo tiempo la necesidad de su educación para poder desenvolver mejor las funciones de madre y esposa que le están asignadas. El título de su obra es elocuente y casi un eco de las ideas que B. Castiglione tenía con respecto al ideal de la cortesana, dos siglos antes: *La mujer sabia y amable* (Pepoli Sampieri, 1837).

Las figuras femeninas protagonistas del Resurgimiento italiano, como señala Laura Guidi, son una “nota discordante” en la representación de lo femenino normalizado, puesto que sus vidas contrastan con las leyes institucionales que las excluyen del ejercicio de lo público, lo que las convierte en transgresoras de las normas, prohibiciones y costumbres sociales de su época. Muchos de sus biógrafos indirectamente señalan precisamente esta contradicción de participar activamente en la construcción de la patria y al mismo tiempo ser mujer, como subraya Beniamino Marciano en el retrato que hace de su mujer, Antonia de Pace: “Rápida, inteligente, osada y prudente al mismo tiempo, olvidó el mundo femenino y toda su alma la dedicó a liberar la patria de la servidumbre”

(Marciano 1901: 34). También Farina, en la biografía que hace de Cristina Tribulzio señala este aspecto: “Gentil dama milanesa que vivió exiliada en Francia, primero en devoción de la Joven Italia, después adversa a la misma e compartía las opiniones de Guizot, de Duchatel y de Mignet, muy amigo suyo, muy ducha en las letras, en la político, en los estudios teológicos, en el periodismo: mujer que tenía algún afecto y solicitud masculina y que entonces viajaba por Italia femeninamente atenta a masculinos propósitos” (Farina, 1985: 234). Más elocuente es el retrato que hace de Jessie White el garibaldino Abba, a la que describe como mitad “ángel” y mitad “furia”, que sabe desenvolver el papel de madre en la cura de los heridos y al mismo tiempo dirigirse con acento agresivo a las milicias (Guidi, 2007: 132).

El discurso de la “mujer ilustre”, necesario para la propaganda de la causa italiana, se apoya en la contradicción de fondo de que al poner de manifiesto la celebridad de la mujer, se niegan las convicciones sociales y culturales que se basan precisamente en una feminidad “anónima”.

La pregunta es cómo las mujeres de esta época pudieron participar en estos acontecimientos públicos sin romper el estatus privado reservado a las mujeres. Es decir, cómo se conjuga la patriota, la revolucionaria con la madre, la esposa, la devota hija. Son muy interesantes en este sentido los textos de la época que exaltan la heroicidad femenina, porque desean demostrar precisamente, a través de ejemplos concretos, que “el patriotismo no destruye los afectos de familia, sino que los afina y los perfecciona”.

Se trataba, claro está, de poner de manifiesto el espíritu de abnegación de las esposas y madres de patriotas, que son utilizadas como propaganda para recordar a las mujeres cuál es su lugar en una sociedad en guerra: la de sacrificarse y sacrificar sus afectos por una causa que es mucho más grande que ellas. Las esposas tienen que, por amor, compartir

el destino de sus maridos heroicos. Las madres tienen que forjar el carácter patriótico de sus hijos. Algunos de los documentos que hablan de las patriotas lo hacen sin personalizar en mujeres concretas resaltando, más que personas individuales, un espíritu femenino esencial y atemporal, como hace Gaetano Sardiello en su artículo titulado “feminidad heroica” (1916), en el que precisamente se subraya el papel complementario y subsidiario de las mujeres en estas circunstancias: “La guerrera valiente indivisible da su guía y compañero, tenaz en su odio al extranjero; la madre heroica que ofrece sus hijos al martirio o a la victoria; el alma ardiente de sacrificio y que prodiga de caridad a los heridos en el campo de batalla, la previsora que prepara toda ayuda a los conspiradores y a los combatientes (Sardiello, 1916: 7).

En este contexto se exaltan las figuras de mujer que responden a este ideal: la madre de Mazzini, La madre de Cavour, María Cairolì, madre de los hermanos Cairolì, considerada la Madre de la nación, la condesa Teresa Casati Confalonieri que intenta salvar a su marido de la muerte a través de su influencia con la emperatriz de Austria, etc..

Un ideal que tendrá resonancia en los diferentes periódicos patrióticos regionales fundados por mujeres: en Palermo “la tribuna delle donne”, y Leggione delle Pie sorelle”, en Venecia el “Circolo delle donne italiane”. Entre las periodistas que propagan este modelo de feminidad están Amelia Calani, Francesca Cantalamessa (1892) y Carlotta Gommi. En uno de ellos, titulado “La donna italiana”, semanal romano político-literario, que dirige Cesare Bordiga en 1848, se trazan las coordenadas del papel que las mujeres tienen que desempeñar: “Sed no guerreras sino madres, esposas, hermanas de guerreros no doctoras, sino parlanchinas, inspiradoras de virtudes civiles en los que amáis” (AAVV. 1848: 78).

Diferente va a ser el papel que desarrollan muchas escritoras cuando se convierten en cronistas de la guerra de independencia italiana. Sus

textos, a menudo acusados de ser poco literarios, nos ofrecen una versión mucho menos oficial y menos condicionada desde un punto de vista político e ideológico con respecto a los textos escritos por hombres, que por otra parte también adolecen del defecto de ser más históricos que literarios (Soldani, 2004).

Por otra parte, las escritoras hablan especialmente del papel que otras mujeres, o ellas mismas, desempeñaron y, por lo tanto, nos devuelven la imagen de mujeres de carne y hueso que participaron en primera línea en circunstancias extremas como fueron sublevaciones, motines callejeros, y batallas (Santoro, 1996). Esos relatos equilibran el plato de la balanza de la ficción literaria, que a través del romanticismo nos ofrece modelos de mujeres frágiles y delicadas, incluso enfermizas, heroínas de la sumisión y el victimismo o, en su defecto, modelos perversidad, figuras de la perdición y el pecado, figuras de mujeres pasivas, mujeres ociosas, mujeres que “se aburren”. No por nada en este siglo vuelven a cobrar importancia las cortesanas (Scaraffia, 2008).

Al contrario, las carbonarias que participan en los actividades subversivas y los conflictos que conducen a la Unificación de Italia, no tienen tiempo para aburrirse. Son mujeres que fundan hospitales, orfanatos y casas de acogida, son mujeres que utilizan sus fortunas personales para costear el ejercito. Mujeres que empuñan las armas y salvan vidas de otras personas y, en especial, salvan de la horca a otras mujeres. La solidaridad femenina es una de las características de las patriotas: en sus filas encontramos nobles que hacen causa en común con burguesas y mujeres del pueblo. Son mujeres que comparten un ideal que muchas veces se desmorona. De hecho, las republicanas que en principio saludan a Francia como portadora de nuevos ideales, se dan cuenta muy pronto de que la causa italiana es incompatible con los intereses franceses o con los intereses de la monarquía borbónica, pretendidamente iluminada. Un

historiador describe esta descolocación de las mujeres patriotas, que siguiendo sus ideales se estrellan contra la dura realidad de la política. Dice de ellas, en un reproche, que nosotros podemos leer casi como un elogio, que “Las novedades francesas las ilusionaron. Eran mujeres, con esto basta” (Angeloni, 1911).

Lo cierto es que las patriotas mantienen relaciones de amistad y de afinidad política o filantrópica, constituyendo redes de apoyo (Ferrante, 1988). Antonia de Pace funda el “Círculo femenino”, que después se llamará “Comité político femenino”, en el que participan también otras patriotas como Raffaella Settembrini Faucitano, Alina Agresti Perret, Antonietta Poerio, Costanza Leipnecher y Nicoletta Leanza. El Círculo se ocupa de mantener contactos con los prisioneros que están en las cárceles borbónicas, de hacerles llegar víveres, informaciones y todo lo necesario para la subsistencia en prisión. La actividad de espionaje se realiza a través de mensajes cosidos en los dobladillos de los pantalones. Con este sistema proporcionan también documentos falsos y planes de fuga. La misma Antonietta de Pace lleva noticias a los prisioneros napolitanos de los comités mazzinianos de Génova, Malta y Londres, haciendo de enlace a través de los barcos que unían Marsella, Génova y Nápoles, tragándose los mensajes cuando la arrestan para no hacerlos caer en manos enemigas. Tras la Unificación siguió luchando por la anexión de Roma al estado italiano, creando en Nápoles un “Comité de mujeres por Roma” capital, del que formaban parte también otras patriotas como Alina Agresti, Luisa Pape, Enrichetta de Lorenzo y Teodora Muller (Berti, 1892).

Cristina Tribulzio, desde su cargo de directora general de las ambulancias militares (Bortone, 1977: 37), se ocupa, junto con otras mujeres, de organizar los hospitales durante el asedio de Roma en 1848. Sus compañeras de aventura son Catalina Barrachini y Enrichetta Pisacane Di Lorenzo. En el Comité Central está también Giulia Bovio Paulucci.

Cristina hace un llamamiento a las mujeres romanas para cuidar a los heridos y publica en 1849: *Le donne romane sono invitate a recarsi all' Ospizio dei Pellegrini per fabbricarvi delle cartucce*. El comunicado contiene la lista de las conductoras de las ambulancias, que son: Giulia Calme, mujer de Gustavo Modena, voluntario con Mazzini en Roma, Malvinia Costabile, Adele Baroffio, Paolina Lupi, Enrichetta Pisacane, Margarita Fuller, Enrichetta Fillopanti y Olimpia Razzani.

No sólo las mujeres garibaldinas se organizan en actividades humanitarias, también algunas mujeres de ideas liberales moderadas van a ocuparse de reformas sociales a nivel individual. Es el caso de Pauline Marie De La Ferronays, casada con el diplomático inglés Augustus Craven, en la corte borbónica, que va a ser la promotora del movimiento pietista en Nápoles, y va a dedicar su vida a la filantropía. Durante los diferentes conflictos armados entre garibaldinos y borbónicos va a ocuparse de los heridos de ambos frentes. Con el tiempo fundará una red filantrópica ciudadana y costeará con su fortuna personal una guardería.

Como subraya también Donatella Massara, las mujeres de este periodo conducen sus vidas afectivas y personales fuera de los esquemas de su tiempo: Cristina Trivulzio vive separada de su marido y tiene una hija de su amante. Antonietta de Pace, para poder ayudar a los prisioneros borbónicos declara ser la prometida de un detenido, Aniello Ventre, y después se casará con un sacerdote: Beniamino Marziano. Cristina Trivulzio y las otras enfermeras van a ser tachadas de mujeres públicas, casi de prostitutas, con la vuelta del orden.

Las figuras femeninas más destacadas de la revolución no gozan de buena prensa entre sus contemporáneos, ni entre los historiadores que vendrán después: Uno de sus comentaristas y biógrafos califica, con un leve toque de tinta negra, la personalidad polifacética de Cristina Trivulzio

como: “muñequita de salón, rata de biblioteca y bruja, princesa revolucionaria y enfermera, zíngara y peregrina” (Bortone, 1977: 37).

Tampoco los biógrafos de Josefa Bolognara la apreciaron mucho “como mujer virtuosa”, a pesar de que durante la insurrección de Catania en 1860, cuando las milicias borbónicas se atrincheraron en la plaza de la Universidad, Josefa se apoderó de uno de los cañones y parece ser que causó numerosas bajas al enemigo, lo que valió el apodo de Pepa la cañonera. Más tarde ocupó el cargo de directora de avituallamiento de la Guardia Nacional, tomó parte en el asalto de Siracusa, vestida de hombre y fue decorada con una medalla de plata al valor militar, pero sus hazañas no le valieron de mucho de cara a la posteridad.

Otra unitaria “indecente” es Enrichetta di Lorenzo que se separa de su marido para unirse con Carlo Pisacane, con el que huye de Nápoles y con el que participa en la revolución de 1848 en Milán y en la del 1849 en Roma, donde presta asistencia en los hospitales con Cristina Trivulzio y más tarde funda un comité de mujeres de apoyo a la causa garibaldina. Por si fuera poco en sus textos proclama la libertad de sentimientos que tendría que unirse a la libertad política según ella. Podemos leer el sentimiento de repulsión que inspiraba su conducta en las palabras de una noble francesa que dijo de ella que: “era un conjunto de las más exaltadas y ciegas pasiones, con una desfachatez enorme y la más horrible inmoralidad y ateísmo” (Guidi, 2010). Enrichetta vive ajena a los prejuicios de la sociedad italiana de su tiempo, que en palabras de otra escritora anticonformista, Giuseppina Guacci, es “una peste moral” y la “tumba de las mujeres” porque no les consiente ni “libertad de acción ni de expresión” (Russo, 2006: 98). Esta claro que su posición “irregular” con uno de los héroes de la patria, y el haber sufrido por la causa nacional persecuciones, batallas y pobreza no la protegen del escarnio público. Muchos periódicos de la época la tratan con desprecio y la tratan como si fuera una prostituta.

El precio que pagar por ser una mujer independiente y por participar en actividades subversivas es alto. Serafina Apicella, que apoya la insurrección napolitana contra los borbones en 1828, es torturada con alquitrán ardiente en los brazos y después condenada a 25 años de prisión. Catalina Barrachini tiene que exiliarse a Londres tras la insurrección de 1830 y, tras la caída de la república romana en 1849, sufre la represión pontificia, pasando 15 años de su vida en prisión. Odile Botti in Poggi, abogada, defiende a los detenidos por el régimen borbónico hasta que viene expulsada del reino por su actividad subversiva. Antonia de Pace fue arrestada una primera vez por la policía borbónica acusada de espionaje, condenada a la cadena perpetua, y pasó diez y ocho meses de cárcel. Su juicio fue uno de los más seguidos por la prensa de la época. Su segundo arresto se produce después de 1861, esta vez es la policía pontificia la que la detiene, por su actividad de espionaje dirigida a la anexión de Roma al nuevo estado italiano. Garibaldi le asigna una pensión de veinticinco ducados al mes por “las penas sufridas por la causa de la libertad” (Marciano, 1901). Cristina Trivulzio tiene que exiliarse dos veces Francia y sufre también por dos veces el secuestro de sus bienes. También Catalina Barracchini tiene que exiliarse a Londres tras los desordenes de 1830. Giuditta Bellerio Sidoli fue arrestada y encarcelada en Módena y después en Milán durante dos años.

En conclusión, las revolucionarias italianas que ocupan el mausoleo de la posteridad y del modelo que imitar son sólo aquellas que supieron participar en los acontecimientos bélicos, políticos, culturales y sociales sin salirse de su condición de mujeres sin derechos civiles y sin reclamar un estatus de igualdad con los hombres. Paralelamente las patriotas que participan a pie de calle en las barricadas y batallas, pronto se enfrentan con la desaprobación social hacia su comportamiento como mujeres, tachadas de indecentes o inmorales, y tras la unificación se enfrentarán a la

desilusión de no ver cumplidas muchas de sus aspiraciones como ciudadanas. Un título al que aspiraban. Es muy significativo en este sentido, que Enriqueta Caracciolo, la monja napolitana nacida en 1821, forzada a la vida del convento y después liberada por las tropas de Garibaldi, en la introducción de sus memorias deje de llamarse monja para llamarse ciudadana (Caracciolo, 1864: 4). Una palabra que anhelarán también Giuseppina Guacci y Cristina Trivulzio en sus escritos.

Una palabra deseada que nunca llegará a hacerse realidad, puesto que, a pesar de las palabras de aprecio y agradecimiento de Garibaldi hacia las mujeres que participan en la Unificación (Curatulo, 1913), la mentalidad de los principales representantes ideológicos es poco favorable a un cambio de estatus de las mujer dentro de la sociedad y totalmente inmovilista con respecto a la “naturaleza femenina”. La idea que prevalece sigue siendo la inferioridad y subalternidad. Gioberti lo expresa con estas palabras: “la mujer, en definitiva es con respecto al hombre lo que es un vegetal para un animal o una planta parasitaria para otra que se sujeta y se sustenta a sí misma” (Gioberti, 1847: 129).

Las revolucionarias que creían en un cambio y que lo practicaron en sus vidas, terminaron desengañadas, pobres y aisladas. Rosalía Montmasson, después de separarse de Francesco Crispi, vivió en la miseria con una ayuda del gobierno hasta su muerte en 1904. También Enrichetta di Lorenzo tuvo que vivir en la pobreza después de la unificación de Italia hasta que el concedieron el cargo de directora de las Guarderías de Nápoles.

Como sostiene Laura Guidi, las patriotas constituyen una memoria embarazosa para la historiografía patriótica, que intenta retocar y deformar sus retratos para que respondan al canon de buenas madres, esposas, etc..o simplemente decide olvidarlas (Guidi, 2004: 243). Sus vidas y sus obras en la historia son palabras “no escuchadas” (Pisano, 1994).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AA.VV., “La donna italiana”, agosto 1848, n. 19.

AA.VV., *Centuria di donne illustri italiane*, Milano, E. Sonzogno, 1883.

ANGELONI, Vincenzo, *Le donne nella storia del Risorgimento italiano*. (conferenza tenuta alla Fenice di Venezia nel giorno 5 aprile 1911), Venezia, Emporio, 1911.

BALZERANO, A., *Giuseppina Guacci Nobile nella vita nell'arte nella storia del Risorgimento*, Napoli, 1975.

BARBIERA, Raffaello, *Il salotto Della contessa Maffei*, Salani, Florencia, 1918.

BERNARDINI, F., “Donne del nostro risorgimento”, en *Bollettino di Ufficio Storico del comando del Corpo di Stato Maggiore*, II (1927), pp. 138-41.

BERTI, D., *Le donne italiane nel risorgimento*, Torino 1892.

BONGIOANNINI, Erminia, *Le principali donne nel risorgimento italiano* (conferenza tenuta alle alunne della scuola tecnica T. Valperga di Caluso in Torino), Roma, Tipografia della Casa Editrice Italiana, 1899.

CARACCIOLO, *Enrichetta, Misteri del chiostro napoletano: memorie*, Firenze, 1864.

CAVALLARI CANTALAMESSA, Giulia, *La donna nel Risorgimento nazionale: conferenza*, Bologna, N. Zanichelli, 1893.

CONTI ODORISIO, Ginevra, *Storia dell'idea femminista in Italia*, ERI, Torino, 1980.

CORCIULO, M. S., *Antonietta De Pace settaria e patriota nel contesto rivoluzionario napoletano (1848 – 1860)*, en "Trimestre", 3, 1999.

CURATULO, Giacomo Emilio, *Garibaldi e le donne*, Roma, 1913.

- DRAGO, Antonietta, *Donne e amori del Risorgimento*, Milano, A. Palazzi, 1960.
- FARINA Rachele, *La carboneria femminile e le giardinieri milanesi nei moti del 1821*, Milano, Cordano, 1985.
- FERRANTE, L., PALAZZI, M., POMATA, E G., *Ragnatele di rapporti. Patronage e reti di relazione nella storia delle donne*, Torino, Rosenberg & Sellier, 1988, pp. 148 – 165.
- FILIPPINI, Nadia Maria et alii, *Donne sulla scena pubblica: società e politica in Veneto tra Settecento e Ottocento*, Milano, Franco Angeli, 2006.
- GIOBERTI, Vincenzo, *Il gesuita moderno*, Losanna, 1847, vol VI.
- GUIDI, Laura, “Enricchetta di Lorenzo”, en *Il risorgimento invisibile*, recurso on-line: www.storia.unina.it/donne/invisi/.
- GUIDI, Laura, *Vivere la guerra. Percorsi biografici e ruoli di genere tra Risorgimento e primo conflitto mondiale*, ClioPress, 2007.
- MACCIOCCI, Maria Antonietta, “Risorgimento e partecipazione femminile”, en *Rinascita*, 1959, p. 447-459.
- MARCIANO, Beniamino, *Della vita e dei fatti di Antonietta De Pace*, Napoli, 1901.
- MONTI, Antonio, *Donne e passioni del Risorgimento*, Milano, Corticelli, 1935.
- ORESTANO, Francesco, *Eroine, ispiratrici e donne di eccezione* (serie VII dell’*Enciclopedia biografica e bibliografica italiana* dir. da Almerico Ribera), Milano, 1940.
- PESCANTI BOTTI, Renata, *Donne del Risorgimento italiano*, Milano, Ceschina, 1966.
- PISANO, L. VEAUUVY, C., *Parole inascoltate. Le donne e la costruzione dello Stato-nazione in Italia e in Francia (1789-1860)*, Editori Riuniti, Roma, 1994.

PISANO, Laura, *Donne del giornalismo italiano*, Milano, Franco Angeli, 2004.

POZZOLI, Felicità, *Eroi ed eroine del risorgimento italiano*, Milán, Giacomo Angeli, 1883.

RESTIVO, M., *Ritratti di brigantessa: il dramma della disperazione*, Matera 1990.

ROMANO, A., *Nuove ricerche sulla vita sentimentale di Carlo Pisacane*, en “Rassegna storica del Risorgimento”, 1, 1933, pp. 51-92.

RUSSO, Angela, *Nel desiderio delle tue care nuove: scritture private e relazioni di genere nell'Ottocento risorgimentale*, Milano, Franco Angeli, 2006.

SANTORO, Anna, *Narratrici italiane dell'800*, Napoli, 1996.

SCARAFFIA, Giuseppe, *Cortigiane: sedici donne fatali dell'Ottocento*, Milano, Mondadori, 2008.

SOCCI, Ettore, *Umili eroi Della patria e dell'umanità*, Firenze, Bemporad, 1924.

SPINOSA, Antonio, *Italiane. Il lato segreto del Risorgimento*, Milano, Mondadori, 1994.

TIVARONI, C., *L'Italia durante il dominio austriaco. III, L'Italia Meridionale*, Torino 1894.

TRAPANI, F. M., *Le brigantessa*, Roma 1966.

TRIBULZIO DI BELGIOIOSO, Cristina, “L'organizzazione Della guardia nazionale in Lombardi”, *Il crociato*, 4, (5 mayo 1848).

VALENZI, L., *Maria Giuseppina Guacci Nobile tra letteratura e politica*, "Archivio storico per le Province Napoletane", vol. CXVII (1999), pp.537-548.